BIBLIOTECA LIGERA

PARA USO

DE TODO EL MUNDO

POR

F. S. y S.

XIV

¡Milagros! No soy tan bobo

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

¿MILAGROS? NO SOY TAN BOBO.

Pues yo no soy bobo ni me tengo por tal, y creo en ellos, y aun tengo por bobos y por tontos de capirote á los que no los creen.

—¡Va en gustos!

—No, señor, va en caletres, que los hay por esos mundos de Dios que presumen de sabios y filosofadores, y no lo son—en lo que a eso toca—más que si fuesen hueras calabazas.

—¡Como que sí! Pero vamos, y ¿cómo os las compondríais vos para hacer creer en milagros á quien sencillamente os dijese que es bobería de mujeres creer en ellos? porque la verdad

es que la exclamación que os he puesto por delante no es mía, sino de un sin fin de gentes que la sueltan á cada paso y se quedan tan satisfechos.

—¡Hombre! la verdad; según y como. Si mi contrincante me la echase á las barbas sólo por burlarse de mí, sin darme en apoyo de ella otra razón que la de una necia carcajada, pagaríale yo con la misma moneda y dejaríale de sobras bien pagado. Reiríase él y reiríame yo, y reiríamos ambos uno del otro á todo trapo, y así acabaría alegremente la fiesta. Con un filósofo de risas y sandeces no cabe, cierto, más que esa filosofía de broma.

—Pero no todos son así, sino que algunos toman la cosa muy por lo serio, y de buena ó mala fe os presentan dudas y razones dignas de tomarse en consideración.

—Pues para esos señores serios se

reserva, amigo mío, el combate serio, y se satisfacen sus dudas, y se desvanecen con verdaderas razones las suyas falsas, y se emplea la buena lógica y la discusión ilustrada, y sobre todo una cosa que entre buenos católicos no debe nunca faltar: la caridad. A esos procuraría probarles yo, á propósito de los milagros, primero, que son posibles; segundo, que son reales. Es decir; les haría palpar que puede haber milagros, y además que no sólo puede haberlos, sino que realmente los ha habido diferentes veces.

—Pues, señor, tendría curiosidad de saber yo algo de eso, por si se presentaba la ocasión cualquier día de romper una lanza.

—De mil amores, amigo mío: vamos á la cuestión.

¿Puede haber milagros? ¿Es posible el milagro? Antes que diga yo palabra sobre el asunto me sale al paso un testimonio, que no es de clérigo, ni de beato, ni de Santo Padre, ni de persona alguna que huela poco ni mucho á fanatismo ó á devoción. Es testimonio de un enemigo de la Religión, que pasó combatiéndola toda su vida, á quien llama la incredulidad su apóstol, y la Revolución su más famoso corifeo. Este hombre ¡pásmate! es Rousseau, y su testimonio el siguiente: «¿Puede Dios hacer milagros? Es decir, ¿puede derogar alguna vez las leyes que ha establecido? Esta cuestión tratada seriamente sería impía si no fuese absurda: al que eso negase sería hacerle demasiado honor el castigarle como malvado; bastaría encerrarle en el manicomio como mentecato. (Rousseau: *Cartas de la montaña*).»

¿Qué tal? ¡Si tiene pelos en la lengua el célebre racionalista francés!

—Realmente es notable su autoridad, y por ser él quien es, vale por muchas.

—Quiero que notes, empero, que no sólo es notable la cita aducida por ser suya, sino muy principalmente porque en ella se establece clara é irrefragable la razón de que sean posibles los milagros.

—¿Cuál?

Muy sencillo. La de que es imposible probar que Dios no puede alguna vez suspender las leyes que El mismo ha impuesto á la naturaleza.

—No comprendo.

— Vas á comprenderme. Cuando Dios concedió al fuego la propiedad de quemar, ¿pudo, si tal hubiese querido, quitársela y hacer que no quemase? ¿Sí ó no?

—Es evidente que pudo.

—Pues bien. Si pudo quitársela entonces, puede quitársela hoy y tantas veces como guste. Pudo resolver, al criarlo, que quemase ordinariamente y como ley suya general, y pudo resolver que dejase de quemar en uno, dos, tres ó más casos que El designó; como, por ejemplo, el de los jóvenes de Babilonia, el de algunos Mártires, etc. ¿No sabes lo que se dice en broma: *Qui te fecit te desfecit?* Más claro. Quien puso á las criaturas reglas generales, pudo desde el principio imponerles determinadas excepciones, porque el milagro no es más que una excepción de la regla general. ¿Hay aquí absurdo, contradicción, ó siquiera extrañeza alguna?

—No parece sino cosa muy llana y natural.

—Mejor vas á comprenderlo aún

con un ejemplo. Un rey manda á su criado que todos los días haga las cosas del modo *A*, menos tal y tal día en que le previenen hacerlas del modo *B*. ¿Puede hacer esto cualquier rey de la tierra con su criado?

—Puede, sin ser rey, ni siquiera presidente de Consejo de ministros.

—Pues ese poder sería locura, sería necedad querer negárselo á Dios. Criados son de Dios los seres todos del universo. Obran conforme los preceptos que les puso al darles el ser. El sol alumbra cada día, y la luna y las estrellas cada noche, porque El les mandó que alumbrasen; el agua moja porque El le dió propiedad de mojar; arde el fuego porque El le concedió esa virtud de arder. Si desde la eternidad ó ahora mismo (que para Dios es igual) dispone Dios que no me moje el agua á mí aunque ande sobre ella,

ó que se detenga su corriente, como sucedió en el Jordán al paso de los hebreos; ó no me abrase el fuego aunque me echen en él, como á los jóvenes de Babilonia; ó se me ponga oscuro el sol sin ser día de eclipse, como sucedió en la muerte del Redentor, ¿dónde está la filosofía, dónde está el criterio, dónde está el sentido común del que diga: Dios eso no lo puede hacer?

—Realmente.

—Pues he aquí lo que dicen los que con aparato científico, ó sin él, dicen que los milagros son imposibles.

—Tuvo razón Rousseau, y con ser incrédulo de primera fila vió más claro en el asunto que la mayor parte de sus discípulos de impiedad.

—A lo menos fué más franco, que en eso de ver y no ver ya sabes tengo mis escrúpulos. Ciegos hay indudable-

mente como sordos. Pero sordos y ciegos los más lo son de conveniencia. Quedamos, pues, en que no son imposibles los milagros.

—Vamos á la segunda pregunta: ¿Ha habido jamás milagros? Mejor hubiera sido empezar por esta cuestión que por la anterior, dado que si logramos probar que hubo milagros quedaba ya por lo mismo probada su posibilidad, según aquello de los viejos escolásticos: *De actu ad potentiam valet consequentia.*

—¡Fuego con los latinajos, aunque parezcan en verso!

—Significa, y no te alborotes, que si ha existido una cosa, bien se puede sacar de ahí que tal cosa es posible.

—¡Valiente perogrullada y verdad de puño cerrado!

—Pero que viene aquí muy á pelo. Mas vamos al cuento: ¿ha habido milagros? Los católicos decimos que sí, y citamos muchos: los incrédulos dicen que no, y los niegan todos.

—Aquí de su estribillo de siempre: ¡Hechos! ¡Hechos! Positivismo puro.

—Claro que sí. Tenemos por de contado como más autorizados los milagros referidos por el Evangelio y sobre todo la Resurrección del Salvador.

—Con ése que quede probado, hay bastante para que lo queden todos. Pero ellos lo niegan.

—Cuesta poco negar á roso y velloso. Lo importante sería probar que se niega con razón para negar. Los milagros de Jesucristo tienen, como ha dicho magníficamente un moderno apologista, tres clases de testimonios en su favor: el de sus amigos; el de sus enemigos; el del mundo entero.

—¡Friolera!

—Ni más ni menos. Tiene en primer lugar el testimonio de sus amigos.

—¡Otra de Pero-grullo! Claro está que éstos no lo habían de negar.

—Cierto, si no les hubiese ido nada en el lance. Pero les iba en ello la vida. Es decir, morían si no negaban: y no obstante murieron por no negar. ¿Qué les costaba á los Apóstoles decir: Cristo no ha resucitado; y con eso salvaban el pellejo y la vida? No obstante persistieron en afirmar tal resurrección y murieron por sostenerla. ¿Te parece de confianza el testimonio de quien muere por sostener lo que atestigua? ¿Te parece ya perogrullada el testimonio de los amigos?

—Confieso que tiene su fuerza.

—Vamos al de los enemigos. Los tuvo Jesucristo, y tales y tan fieros

que no pararon hasta dar con El en la cruz. Juzga tú si les hubiera venido bien poder desmentir sus milagros. ¿Lo intentaron? Nunca; prueba cierta de que aquellos escribas y fariseos, que eran malvados pero no tontos, vieron claro que los hechos eran demasiado notorios para tratar de oscurecerlos. Claro, ¡como el Señor nunca obró de tapadillo, como ciertos falsos profetas de hoy! Así que, lejos de negarlos, hacían hincapié en ellos para resolver su muerte. Reunidos estaban en congreso en Jerusalén, y el Evangelista nos ha conservado unas breves frases de su cavilosa deliberación. «¿Qué hacemos? decían. Mirad que este hombre hace muchos milagros.» *Quid facimus, quia hic homo multa signa facit?* Y cuando supieron la maravilla sin igual de su gloriosa Resurrección, no la negaron, ¡ca! trataron sólo

de echar tierra al asunto, como se dice hoy... y se hace infinitas veces. ¿Y cómo? con el mismo recurso que se emplea hoy para tales tapujos y niñerías. Con el dinero. «Ofrecieron, dice, dinero á los guardas, y les dijeron: Decid que estando vosotros dormidos vinieron los discípulos y os robaron el cadáver.» ¡Valiente tribunal, exclama, donosamente San Agustin, que cita testigos dormidos! Tenemos, pues, que con su propia declaración y con su propia conducta abonan los milagros de Cristo sus enemigos más declarados. Vamos al testimonio del universo entero.

—¡Gran testigo y que merece ser escuchado con alguna atención!

—Pues sí, señor; todo el universo —menos los incrédulos, como se supone,—declara que son ciertos los milagros de Jesucristo.

—¿Dónde y cómo?

Por todas partes y con el siguiente raciocinio, que no tiene escape. El mundo era pagano, y hoy es cristiano: no creía en Cristo-Dios, y hoy cree en El. ¿Cómo se ha hecho el cambio? ¿Con milagros ó sin milagros? Si lo primero, ya me concedes que los milagros son ciertos: si lo segundo, esa conversión sin saber cómo y sin saber por qué es el milagro mayor de todos, y por de contado tenemos ése que no es flojo.

—¡Graciosa es la salida!

—No es mía, sino de San Agustín, y es como suya. En efecto. Si Cristo no obró milagros, ni resucitó, ¿por qué creyeron en El los primeros cristianos? ¿por qué murieron por El tantos Mártires? ¿qué locura se apoderó entonces del género humano que le moviese á dejar sus antiguos hábitos

y conveniencias, para seguir la ley de un Judío oscuro que ninguna prueba daba de sus extrañas enseñanzas? ¿Creerías tú á un advenedizo reformador, quien sin qué ni para qué te viniese á sacar de tus casillas? Yo te digo francamente que nó. No me conformaría á reconocerle por Dios ó por enviado suyo, si no me mostraba antes muy claras las credenciales. El mundo creyó en Jesucristo y le reconoció por Dios porque le presentó las suyas. Y las credenciales de Jesucristo fueron los milagros. Así lo dijo El mismo á los discípulos de Juan, que le preguntaban quién era. «Decidle lo que habéis visto, respondió: los ciegos ven por mi palabra; los sordos oyen; los cojos andan; los muertos resucitan.» Como si dijera: «Soy Dios, y ahi está el sello de mi divinidad para atestiguarlo: los milagros.» Creyó, pues, el

mundo porque los vió, y por esto te he citado como el más poderoso de todos los testimonios este último, que en realidad merecía ser colocado el primero: el de todo el universo.

—Bravo, bien. Convencido dejaré con eso á quien me toque la cuestión de los milagros de Cristo... Pero... eso es allá de tiempos muy antiguos. ¿Por qué no hay milagros hoy, que cierto no vendrían mal para alumbrar á tanto incrédulo corto de vista?

—Si hay ó no hay en el día de hoy milagros, cuestión es que no podemos resolver en este momento, porque no cabria en el presente librito lo que sobre eso hay que decir, que es mucho y bueno.

—Quedamos, pues, en que otro día...

—Se tocará sin falta esa tecla, y no se hará esperar.